

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. ÁLVARO ENRIQUE DE ZÚÑIGA,

MARQUES DE VILLA MANRIQUE

SÉPTIMO VIREY DE LA NUEVA-ESPAÑA.

1585.—A la administracion justiciera de D. Pedro Moya de Contreras, sucedió la de D. Álvaro Enrique y Zúñiga, marqués de Villa-Manrique. El 18 de octubre de ese año entró en México á ocupar la silla que por órden real abandonó el arzobispo de México, quien como ya se dijo, prosiguió en su empleo de visitador del reino, hasta arreglar cuantos negocios habian quedado sin concluir. Al comenzar su administracion, el marqués de Villa-Manrique se encontró en una posicion ventajosísima, pues tanto los afectos al gobierno del pasado arzobispo-virey por su justicia é integridad, como los desafectos á él por la imposibilidad que tenían de medrar á la sombra de gobernante tan recto, es de creer que se constituyeran sus partidarios, cuando no se vieron en México disturbios, sino hasta mucho tiempo despues, es decir, á la época en que desengañado sin duda uno de los partidos, vió que el único medio de llegar á la realizacion de sus miras, era mantener levantado el estandarte de la rebelion, contra todos aquellos que le opusiesen una tenaz resistencia. En efecto, inalterable fué la tranquilidad en el primer año del gobierno de Villa-Manrique: los negocios siguieron un curso regular, y se trató de llevar á efecto las órdenes dictadas en las administraciones de los pasados vireyes.

1586.—En tiempo de D. Martín Enriquez, como ya se dijo, se les notificó á los frailes franciscanos, agustinos y dominicos, una cédula real de patronazgo, para cuya revocacion hicieron ellos los fuertes representaciones al rey, (1)

(1) Como documento curioso, porque descubre el espíritu de las órdenes monásticas, insertamos la siguiente carta, escrita á Felipe II, por la órden de los franciscanos, á consecuencia de la notificacion que el virey D. Martín Enriquez les hizo de la cédula real de patronazgo, y que Torquemada inserta en el Cap. XXIII

de lo cual dependió que las disposiciones contenidas en dicha cédula no se llevasen á efecto

del Lib. V. de su Monarquía indiana.

S. C. R. M.

„D. Martín Enriquez vuestro virey, de esta Nueva España, nos leyó y mandó dar por escrito ciertos capítulos ó artículos, que dijo ser de una cédula de Vuestra Magestad, que vino en esta flota, por los cuales se nos impone á los frailes, oficio y obligacion de curas, y de dar cuenta, como tales curas, de las ánimas de los indios, que tubieremos cargo de doctrina: cosa repugnante á la regla de San Francisco que profesamos; y así mismo se da mano á los ordinarios, y á los vireyes, y gobernadores de estas partes, para que puedan entrometarse, en quitar ó poner los Provinciales y Guardianes, que por la órden canónicamente, según los estatutos de ella, fueron electos, y en que los otros frailes, sin su sabiduría y consentimiento, no puedan ser mudados de unos monasterios á otros, quando á sus prelados les pareciere que conviene, lo cual déroga el voto de la obediencia, y toda la estabilidad de la religion, como pareccrá mas largamente por un memorial de inconvenientes, que á nuestro comisario general, que reside en esa real corte, enviamos, para que de ellos informe á Vuestra Magestad; á cuya causa respondimos al dicho visorrey, la imposibilidad que habia de cumplirse los dichos artículos. Y pues Vuestra Magestad, como católico y cristianísimo rey, siempre ha pugnado porque las religiones, en esos reinos de España se redujesen, como se han reducido á su obscurancia y pureza, quitada toda ocasion de relajacion, y en estas partes no hay ménos, sino mucha mayor necesidad de proseguir este celo, por ser en ellas nuevamente plantada la cristiandad: á Vuestra Magestad suplicamos y pedimos humildemente, que si nuestro servicio le es accepto, y fuere su real voluntad servirse de nosotros en el ministerio de la doctrina de los indios, sea sin detrimento de nuestra profesion, como hasta aquí lo hemos hecho; pues es cierto que serviremos mejor á Vuestra Magestad, y vuestra real conciencia será mejor descargada en esta obra evangélica, perseverando nosotros en la observancia de nuestra frailla, que si nos apartásemos de ella.

Liceo Mexicano.



D. ÁLVARO MANRIQUE y ZÚÑIGA

7.º Virey de la N.º España

todavía á la época en que el marqués de Villamanrique, tomó las riendas del gobierno colonial; y este convencido de la justicia que las había dictado, y demasiado conoedor del espíritu de las órdenes religiosas, las que egoístas hasta el estremo, jamas se interesaban por el bien general, trató de que se llevasen á efecto, notificándoselas por segunda vez, é insistiendo en que observasen estrictamente cuanto en ellas se les mandaba. Los frailes, que desde el principio se opusieron tenazmente á una disposicion que trataba de hacerlos útiles á la sociedad, le contestaron esta vez al virey que no podian dar cumplimiento á lo que se les notificaba, por mediar algunas razones que habian puesto ya en conocimiento de S. M.; y como insistiera el virey haciéndoles segunda notificacion, ellos apelaron al rey y al consejo de Indias, de cuya apelacion resultó que el rey mandara que se le presentase un memorial de inconvenientes, visto el cual se suspendió por entónces la ejecucion de lo mandado en dicha cédula de patronazgo. En este año pasó á España D. Pedro Moya de Contreras, despues de haber variado en su totalidad los ministros que componian los tribunales de este reino; y el acontecimiento mas notable que en este año tuvo lugar, fué la presa que el ingles Tomas Cavendish hizo en la punta meridional de California, de un navio que se dirigia de Manila á Acapulco, cargado de efectos de la China.

1587.—Inmensas riquezas, como nadie ignora, pasaban de América á Europa; sumas incalculables se estraian anualmente de las colonias españolas para la metròpoli; y las que este año salieron de México, no fueron ménos considerables que las de los años anteriores, pues consta (1) que en el c. marqués de Villamanrique, cargó la flota de Veracruz con 4156 marcos de oro en tejos, fuera de la plata acuñada y otras preciosidades, todo lo cual pasó á España, á esa España, que ufana con el oro de sus colonias, olvidó cuanto habia contribuido á elevarla hasta el grado de ser reputada, como la primera nacion de Europa, á princi-

Y si lo uno con lo otro no se compedee, esa Vuestra Magestad servido de tenernos por escudados en esta obra, pues no la dejaremos por huír del trabajo, ni por falta de voluntad de servir á Vuestra Magestad, sino por no se compedeeos el gravamen que se nos impone, con la guarda de lo que tenemos á nuestro Señor Dios prometido, el cual guarda la catolica, y real persona de V. M., con aumento de otros reinos y señorios, para mas enalzamiento de su santa fé. De San Francisco de México á 13 de diciembre de 1574 años.

(1) Acosta.

pios del siglo XVI. Nada hasta este año habia turbado la tranquilidad que hacia dos años disfrutaba la Nueva-España, é inalterable hubiera sido en todo él, si no hubiera llegado á México la noticia de los destrozos inauditos que en los mares y en las costas de Sur estaba haciendo el temible corsario inglés Francisco Drak, aprensando cuantos navios encontraba en aquellos y robando los ganados y semillas de estas.

En esta época podemos decir que comienza la celebridad de la *piratería* y del *corso* en los mares de América, que tanto incremento tomó despues en tiempo de los *Filibustieres*. Multitud de aventureros, gente vagabunda y resuelta que en la edad media hubieran corrido presurosos á conquistarse un nombre en Palestina, entregándose ahora á un débil bajel, se dirigian á los mares de América á apresar las ricas flotas que partian de ella para Europa, y á volver á esta con caudales inmensos, si por acaso no perecian, victimas de su arrojo. Entre los primeros puede contarse a Drak, quien despues de haberse hecho célebre en el mar del Norte, por la toma de San Agustín de la Florida, pasó al Pacífico, en donde la fertilidad de sus costas y la nao de China, no eran poco cebo para atraer su ambicion. Cuando llegó á oídos del virey de México, la funesta nueva de los males que se experimentaban en las costas del Sur, no anduvo tardo en levantar las fuerzas suficientes para contrarestar el poder del corsario inglés. Mandó luego que en Guadalajara acudiesen las tropas al auxilio de todos los partidos de la costa del Sur, dió orden para que se aprestasen todas las embarcaciones que estaban detenidas en Acapulco; y con las tropas que se levantaron á consecuencia de las levas que mandó hacer, preparó una espedicion que marchó en el acto al puerto, al mando del Dr. Palacios. Apesar de la diligencia del virey, esta espedicion no se hizo á la vela, porque á su llegada á Acapulco se le dió noticia de que el corsario habia abandonado sin duda aquellos mares despues de haber saqueado algunos pueblos, pues hacia tiempo no se le habia visto aparecer por ningun punto de la costa. En efecto, Drak, demasiado advertido, abandonó esas costas, para ir á apostarse en la punta de California, por donde pronto deberia pasar el Galeon de Filipinas que año por año venia á México, cargado de inmensas riquezas, así en metales preciosos, como en sedas y en cuantos efectos de lujo se esportaban entónces del Japon y de la China. El cargamento del de ese año, ha-

mado Santa Ana, no era ménos de codiciarse que el de los pasados, y apenas Drak lo observó, cuando, dirigiéndose á él, logró abordarlo y quedar dueño de tan rica presa. que condujo luego á un surtidero cercano al cabo de San Lucas. Allí pasó el cargamento del Galeon á su embarcación, y pegándole fuego se hizo á la vela abandonando allí á cuantos lo tripulaban. Mas estos, logrando salvarse, trajeron la noticia del mal éxito del Galeon, al virey de México, quien dió orden luego al Dr. Palacios, que aun permanecia en Acapulco, para que embarcando la expedicion, fuese en persecucion del corsario; mas todo fué en vano, porque este habia abandonado ya los mares de América y dirigiéndose á las Indias Orientales.

1588.—Pasada la turbacion que causó en los ánimos el desgraciado éxito de la nao de Filipinas, la calma iba volviendo poco á poco, y la tranquilidad general continuaba; mas las inconsecuencias de los hombres, que son por lo regular las que todo lo precipitan, vinieron presto á turbarla. No contento el marques de Villa-Manrique con la estension de terreno que hasta allí habia pasado, como de la jurisdiccion de los vireyes, quiso estender los limites de su dominacion pasagera, y moviendo pleito á la audiencia de Guadalajara, por unos pueblos que él decia ser de su jurisdiccion y sobre los que aquella alegaba el mismo derecho, contribuyó á que el reino entrara en turbacion, pues dispuesta la audiencia á no ceder un punto de su derecho, se aprestó á hacer la guerra al virey, en caso de que fuese necesario. Mayor fué la culpa que Villa-Manrique tuvo en los disturbios que causaron su remocion, cuando cansado de alegar las razones que él decia tener en su favor, quiso concluir el negocio, por la fuerza, mandando tropa armada á que tomase posesion de dichos pueblos; mas recurriendo estos á la audiencia de Guadalajara, la decidieron á levantar tropas para oponerse á los desiguos del virey. Es de creerse que ambas fuerzas llegaron á avistarse; mas se ignora, como dice Cayo, que no lo encontró referido en Torquemada, quien influyó en recomendar al virey con la audiencia de Guadalajara, pues lo que si es de todo punto cierto, es que las tropas se retiraron sin haberse acometido, y que desde entonces cesó el pleito suscitado por la inconsecuencia de Villa-Manrique.

Este inesperado acontecimiento, volvió á restablecer el orden, y hubiera infundido en que el gobierno del marques hubiera continuado sin obstáculos, si sus enemigos no se hubieran apresurado á escribir al rey que una guerra

suscitada contra la audiencia de Guadalajara, por las ambiciones particulares de Villa-Manrique, iba á perturbar el reino y á causar un trastorno general, por lo cual le suplicaban en nombre de toda la Nueva España que removiese al actual virey, si no queria que el azote de la guerra civil la afligiese, como ora de esperarse.

1589.—El golpe de los enemigos del virey fué certero; Felipe II vaciló al principio, pero luego dió crédito á cuanto se le dijo, y dispuesto ya á despojar del gobierno de la Nueva España á Villa-Manrique, pensó en mandarle sustituto. Presto le halló, pues advertido por muchos de la aptitud de D. Luis de Velasco, hijo de D. Luis de Velasco, segundo virey que fué de México, le nombró virey á su llegada de la embajada de Florencia. Al abandonar la corte D. Luis de Velasco, recibió pliegos del rey en que este constituía al obispo de Tlaxcala, visitador de Villa-Manrique, y orden al mismo tiempo para no desembarcar en Veracruz, pues se temia que el marqués tuviese un numeroso partido en este puerto que impidiese la entrada del nuevo virey. Velasco se hizo á la vela y desembarcó en Tamiahua, perteneciente á la provincia de Tampico y distante de Veracruz setenta leguas; mas habiendo tenido allí noticia cierta de la gran calma de que disfrutaba el reino, se dirigió á Veracruz, desde donde mandó al obispo de Tlaxcala los pliegos del rey que le venian consignados, y de donde se dispuso para pasar á México, ya á fines de este año.

1590.—En el siguiente, todo cambió para Villa-Manrique: el 17 de enero se le mandó salir de México por el obispo de Tlaxcala, Don Pedro Romano, que ya habia venido con su nuevo cargo y se dirigió á Texcoco, y continuando su viaje, en Acolma tuvo una entrevista con Velasco. Este se dirigió á México en donde á poco hizo su entrada solemne, y aquel tuvo que sufrir las venganzas del obispo de Tlaxcala, quien á poco abrió su visita contra él. Se cuenta que este obispo habia tenido un resentimiento particular con el marqués, del que resultó que al hacer su visita tratara de vengarse del marqués, embargándole cuantos bienes poseia. Al cabo de seis años, cansado ya el marqués de una visita en que sus enemigos habian saciado su odio contra él dejándolo en la miseria, pasó á España, en donde con el influjo de personas poderosas hubiera conseguido del consejo de Indias que se le devolviese cuanto se le habia embargado, si la muerte no le hubiera sorprendido en ese tiempo.

Su gobierno en México duró cuatro años... Comenzó, como dice Torquemada, á gobernar bien y á gusto de todos; pero luego se fueron ofreciendo negocios, que lo fueron mal-

quistando; y era, como dice el mismo, „hombr e sabio, sagaz y prudente.”

R. I. ALCARAZ.

MIS CONFESIONES.

El que suscribe, hombre humilde en demasia, besa las manos á los que á él selas besen, y hace saber al respetable público, y especialmente á los que lean el LICEO MEXICANO que ha llegado á sus oidos no sé que ruido y alboroto producido por las exclamaciones tuyas. Y es el caso, que estando ocioso, como es mi costumbre, me vino á las mientes escribir un articullito, ó sea cuento ó historia ó episodio, ó lo que V. quiera, que lleva por título, „Aventuras nocturnas,” cuyo articulo tuvo por origen una escena acaecida á no sé quién, y en un lugar que tambien ignoro, la cual llegó á mi noticia como otras muchas que llegan á los oidos de V. y mios, entendiéndose esto de los propios de cada uno de nosotros respectivamente, y ¿qué hago? tomo la pluma y zás, allá va al público tal cual la parió su madre; y el público, la leyó y sonrió malignamente, y dijo en su ánima, esta es Fulana, aquel Citano, y tornando su vista al autor, despues que hubo pasado la aplicacion, exclamó, „inmoral! ¡pero un inmoral tan rotundo y tan troncante, que me dejó abismado y resuelto á ahorcarme si era posible. Luego creí que estaba el negocio concluido, y me daba ya mil parabienes, cuando llega á mis oidos el trueno de la tempestad é iluminase mi pálida faz con el fuego livido del relámpago. ¿Qué hacer entonces? Pedir misericordia al lector, llamar y gritar con todos mis pulmones, implorar su perdón y proponerle enmienda. Mas como sobra el tiempo y la absolucion no se da sin confesion previa, he determinado hacer la mia, por si muriese, lo que no dudo, aunque ruego á Dios que sea lo mas tarde posible, y aunque se haga menester para conseguirlo, un milagro. Digo que he determinado confesarme por si muriese, para no morir impenitente, y en pecado, y en desgracia de V. Sin embargo, será bien para evitarse un chasco, que no esté V. creyendo que mi articulo, que tituló

con toda mi alma *mis confesiones*, ha de tener nada de comun con las de J. J. Rousseau, ó las de San Agustín, porque ni me voy á confesar de toda mi vida, ni de todas mis acciones, sino muy especialmente de las culpas de escritor; y de los pecados cometidos en los articulos del penitente Anónimo. Comienzo, pues, y digo, que confieso que en todos y cada uno de mis articulos he querido pintar á la coqueta de la esquina, y al abogado mi vecino, y á tantos otros, como el sereno del barrio, que me chocan y me fastidian, y me empalagan.

Confieso que he tenido la ocurrencia y he cometido la falsedad de vestir á mis héroes de negro, si ellos realmente se visten de blanco, y de poner á mis heroínas fumando cigarrillos, si las vi tomando helados, cuya falsedad me pesa en mi ánima, y sobre la cual ofrezco con todas veras enmendarme, y poner las cosas tales cuales las haya visto.

Confieso que á algunas escenas les he puesto á la cola, lo que tenian en la cabeza, de cuya mentira me arrepiento, y protesto ponerlas como es verdad que son y debidamente.

Confieso que he escandalizado á algunas de mis lectoras con mis aventuras nocturnas. No vaya V., por Dios á creer que realmente he tenido aventuras nocturnas, por que eso es terrible, y la cosa quedaba peor que peor; hablo de un articulo que con tal título escribí, y que protesto para descargo de mi conciencia y seguridad de las señoritas, que no volveré á repetir las, ofreciendo cristianamente que si de veras han parecido inmorales, el pobre Anónimo se callará como un tonto y no volverá á chistar aunque vea ahorrar al prójimo.

Confieso que he escrito sin cuidado ni estudio, en lo que he hecho muy mal, porque han resultado algunas mentiras, de las cuales me duelo y ofrezco continuar.

Confieso que he dado malos ratos al vecino

camandulero y á la planchadora del barrio, y á qué sé yo quienes otros, y como circunstancia agravante digo que he tenido gusto y placer en que digan, *este es fulano*, por la misma razon que se alegra un retratista cuando le dicen al ver una miniatura, *este es fulano*, aunque de hecho no se lo parezca, lo que á mí me sucede con mis originales. Mas propongo con todas mis fuerzas enmendarme y no volver á ello.

Confieso por último que he hecho esta confesion sin exámen y sin estudio, con no sé cuantas mentiras, que corregiré en mejor ocasion, limitándome por ahora á pedir la absolucion de mis *Aventuras nocturnas en el Liceo* á mis lectores, porque las reales nocturnas y diurnas, las confieso ante el párroco, á quien pido el perdón de mis pecados. Recuerdo á mis plañidosos y compasivos lectores para decirlos á perdonarme, que todos los escritores, *exceptis exceptis*, (término técnico,) son mentirosos y noveleros, y nos venden gato por liebre, y llaman paloma á los milanos, y le dan sublimidad á los pavos del vecino, y son gente que dan sueños por verdades, es decir, frases por frases, aun contradictorias, por pesetas y reales. Exceptuando de esta censura á los políticos

que dan mentiras por empleos, y elogios por oposicion y necesidades, por necesidades como las que ahora estoy yo diciendo. Me dirijo para el negocio del perdón y de la misericordia, á las señoritas de trece años para arriba, hasta llegar á treinta y cinco, entendiéndose esta limitacion, no solo para este año, sino para todos, dando facultades al que las quiera, para que cuente desde la independencia acá, ó desde el año de 1893 en adelante, haciendo de manera que resulte todo el bello sexo comprendido en mi plegaria. A este sexo encantador me dirijo, pidiéndole á cada una de las partes suyas, por su esposo, por su papá, por sus hijos lindos, por sus amantes, por sus mamás, por los hermanitos, parientes y *personas de estimacion*, á cada una en su caso, el ser autor de las *Aventuras nocturnas*, y les ofrezco con todas veras no volver á escribirlas, para que no se ofenda su pudor, que es tan apreciable y que respeto tanto; me desdigo de lo dicho, y protesto que es mentira lo de *Julio* y del *Sereno* y de la *Chica* y de la *Tempestad*, con cuyas muestras de arrepentimiento queda esperando la absolucion el arrepentido—

ANÓNIMO.

HIGIENE.

BAÑOS.

OFRECIAMOS en nuestro artículo anterior decir algo á nuestros suscritores sobre los baños, tales cuales los usamos los modernos mexicanos; pero he aquí que nos vemos en aprietos sin tener que decirles nada que les coja de nuevo ni que les llame la atencion. Sin embargo, si nos asegurasen que se les habia olvidado ya la descripción de los baños lujosos de los romanos, griegos, turcos, etc., por lo menos ya no temeríamos la comparacion que nos va á dejar muy desairados. Pero no hay remedio, y suceda lo que sucediere, es preciso no omitir el punto mas interesante para nosotros.

Ahora bien, lo primero que se encuentra entrando en nuestros baños, no es una *piscina natatis*, ni un *frigidarium*, ni una gran sala con divisiones para desnudarse, no señor, se encuentra uno en una cerbatana ó palomar que se le puede llamar *bañearia* por ser una bilera de cuartos para bañarse, y en vez de que hermosas esclavas ó la bella Polycasta se presenten á ofrecerle á uno sus servicios, no mira sino al *bañero* en pechos de camisa, remangadas las mangas de este, y el calzón enrollado hasta medio muslo.

Entrando finalmente á los cuartitos, se hallan las tinas de palo forradas de plomo y dos llaves para el agua fría y caliente. En algunos lugares las tinas son de preciosos *mosaicos* polbianos (vulgo azulejos), y el agua es conduci-

da por el mismo bañero que enjuaga en todos los baños la tina de que uno va á servirse. En los mas modernos se pone á disposicion de la persona que se baña, sábanas y toallas, esencias y pomadas, y cepillos para la cabeza y para la ropa. En México no hay baños gratis, asi es que al retirarse debe uno pagar lo convenido, y el pobre que no tiene un cuarto en el bolsillo se ve precisado á tomar un baño frio en el Tiber mexicano, (acoquia).

La *hora balnei* es arreglada por la voluntad del que se baña, aunque á decir verdad, la en que acostumbra hacerlo el sexo masculino, es por las mañanas en los dias festivos.

Despues de salir de un baño público, toma uno un airc fresco en las calles de la ciudad, que por tal razon deben llevar el nombre de *frigidarium* de los mexicanos.

He aquí la descripción de nuestros baños públicos, entre los que podemos enumerar, sin que nadie nos lo impida, los de Vergara, del Coliseo, etc., asi como los romanos contaban los de Agripa, Caracalla, Neron, etc.

No es lo mas comun el bañarse en un baño público, sino que cada uno lo hace en su casa como Dios le ayuda, ya haciendo conducir el agua caliente de fuera, ó calentándola por medio de un tubo de hojadelata lleno de carbon encendido llamado *calentadera* que se sumerge en la tina. Procurándose cada uno según sus proporciones todas las comodidades que puede.

Hemos terminado gracias al cielo nuestra descripción, y es necesario que pasemos á hablar de los cuidados que se deben tener para bañarse, advirtiendo que pondremos las reglas que la razon y la esperiencia han acreditado ser las mejores.

No habiaremos de los baños frios ni de los muy calientes, porque tanto unos como otros no convienen sino á determinadas constituciones, y se usan mas bien como medio de curacion: así es que recomendamos á nuestros lectores que cuando se bañen lo hagan en una agua de una temperatura igual á la de su cuerpo, que al deslizarse en ella no experimenten frio ni calor, y si una sensacion tan agradable como la que se gusta bajo las sábanas en una mañana de invierno. La naturaleza es la que nos advierte que esa es la temperatura mas apropiada y ella no se equivoca en sus advertencias; en un baño á este grado de calor, sentimos un placer indefinible, circula la sangre con facilidad, respiramos con libertad, desaparece insensiblemente la fatiga de nuestros miembros, y como si estuviésemos recostados

en el mas mullido lecho y cubiertos con suavísimos lienzos, un dulce sueño parece apoderarse de nuestros párpados para dar alivio á la inteligencia y tregua á nuestras penas. Oh! un baño como este es delicioso y conviene á todas las constituciones, á todos los temperamentos, á los niños, como á los jóvenes y ancianos, diga lo que quiera el refran de que *de treinta años para arriba no hay que mojarse la barriga*. No nos oponemos á que sea un poco mas caliente en el invierno y algo fresco en el estío, lo uno como lo otro es muy agradable, y por consiguiente no sale de la regla.

La limpieza aconseja especialmente cuando se baña uno en un lugar público, que se haga lavar la tina antes de usarla, porque nada es mas fácil que contraer una enfermedad por contagio si no se tiene esta precaucion.

En nuestro modo de calentar el agua por medio de una calentadera, se está desprendiendo continuamente vapor de carbon, que si no se tiene cuidado de hacer escapar de la pieza por una buena ventilacion, puede producir fatales resultados que se atribuirán, por las personas ignorantes, al baño que les ha sido perjudicial, no debiendo culpar sino al descuido que se ha tenido sobre este punto, á consecuencia del cual viene un dolor de cabeza insoportable, una somnolencia que llega á ser un desfallecimiento que impide pedir auxilio cuando mas se necesita, y del cual no se sale sino despertando en la eternidad. Asombra que la ignorancia y el descuido lleguen hasta el grado de que espongan por ello los hombres á cada momento de la vida. Nuestros lectores, advertidos de esto, tendrán cuidado de establecer en la pieza en que se esté calentando el baño una corriente de aire, teniendo abiertas completamente las ventanas y puertas hasta algunos momentos despues de terminada la calefaccion, despues de lo cual podrán encerrarse sin temor ninguno de *encarbonarse* (1).

La tina en que uno se bañe debe ser bastante profunda para que el agua cubra hasta el cuello, pues de lo contrario evaporándose en la superficie del pecho, produce un frio considerable que puede acarrear una enfermedad del pulmon ó de cualquier otro órgano. ¡Cuántas enfermedades se atribuyen á un baño que no deben su origen sino á la ignorancia de las reglas de la Higiene!

La misma consideracion que induce á seguir

(1) *Asfiziarse con el vapor de carbon*, deberiamos haber dicho, pero así probablemente no nos habrian entendido tan bien como con la palabra que hemos usado.

la regla anterior, nos debe conducir á enjugar la piel después de salir del baño y á abrigarnos bien. Es sabido que todo cuerpo al pasar del estado líquido al gaseoso roba una cantidad de calor considerable á todo lo que le rodea, de aquí el frío que se experimenta siempre que salimos de un baño y que debemos evitar cuidadosamente enjugándonos con una toalla de algodón y cubriéndonos con una sábana caliente

La hora en que deba entrarse al baño es indiferente y de lo único que se ha de tener cuidado es de que no sea durante la digestión que podría perturbarse, como también de que el cuerpo no esté cubierto de sudor, pues suspendiéndose esta exhalación repentinamente aparecería una enfermedad.

La frecuencia de ellos no está demarcada, y no hay cosa sobre que haya mas discordancia: así es que mientras que unos recomiendan los baños frecuentes citando al apoyo de su opinión la imponente autoridad de griegos y romanos, sin recordar que somos mexicanos, otros se deciden por no usarlos sino de tarde en tarde, ó aun los excluyen enteramente, trayendo á su defensa el ejemplo del burro, del gato, y otros animales semejantes, sin advertir que no somos ni burros ni gatos. Creemos que los baños deben ser tan frecuentes como lo exija la limpieza y la temperatura reinante, así es que los recomendamos cada ocho ó diez dias poco mas ó menos, mas frecuentes en el verano, en que se pierden mas líquidos por la transpiración, que se reparan por un baño, y menos en el invierno y la estación húmeda en que las pérdidas son menores; deberán hacerlo mas frecuentemente, aquellos que por su profesion estén espuestos á ensuciarse la piel mas facilmente, y tambien los que por un trabajo ó ejercicio corporal fuerte experimenten grandes fatigas; los que se encuentren en circunstancias opuestas deberán usarlos con mas parcimonia, así como las personas débiles.

La respuesta que damos á las opiniones citadas arriba, es á la primera que no nos encontramos en las mismas circunstancias que los antiguos, quienes por la clase de vestidos que usaban, con los que dejaban á descubierto la mayor parte del cuerpo; la dificultad en que se encontraban de mudar ropa interior, en aquella época en que las artes no habian llegado á la perfeccion que hoy, refiriéndose que Epaminondas tenia que estarse encerrado mientras lababan sus vestidos; y finalmente, por la clase de ejercicios á que se entregaban, debian ensuciarse mas facilmente la piel, y necesitaban

por consiguiente de mayor cuidado en la limpieza, mientras que nosotros, hallándonos en circunstancias opuestas, no necesitamos del mismo: á los segundos que atacan con ejemplos, les responderemos con los mismos, citándoles á muchas aves, al perro, y multitud de animales que se bañan, aunque á decir verdad, ni el argumento ni la respuesta valen nada relativamente al hombre, por tener distinta organización que ellos y encontrarse por consiguiente con necesidades de muy distinto género, porque si así no fuera, la misma observación podría valer para probar que deberíamos alimentarnos con paja y cebada.

Relativamente á la duracion de cada baño, deben tenerse presentes las mismas consideraciones que se han tenido para su frecuencia; así la estación, el grado de fatiga, la robustez ó debilidad, harán que el baño sea mas ó menos largo, de media ó una hora, y aun menos si la persona es muy débil.

Hemos visto que las naciones han acostumbrado mirar al baño otras prácticas para hacerlos agradables ó mas saludables; unas y otras nos parecen inútiles. Entre las primeras podemos enumerar, los *papichos* (massage), la epilación, etc, prácticas que indican que el pueblo que las tiene á rebuscado el placer llegando á la sensualidad y que descubren un carácter afeminado en los que se entregan á ellas. Entre las segundas, las afusiones de agua fria no convienen sino en circunstancias particulares, de tal modo, que al médico toca ordenarlas; por otra parte no se usan generalmente sino durante el baño muy caliente, hechas en la cabeza con objeto de evitar una apoplejía. Las uncciones, útiles sin duda para suavizar la piel y favorecer el libre ejercicio de sus funciones, tienen el inconveniente de exigir baños frecuentes, pues de lo contrario enrancándose la grasa, producirían erupciones ú otras enfermedades cutáneas.

No tenemos mas que decir, sino recomendar el uso de los baños, infinitamente útiles por la limpieza que es tan indispensable para la salud, que no puede existir la segunda sin la primera.

Por otra parte, facilitando las funciones y refrescando en las épocas calurosas, es un medio eminentemente poderoso para libertarse de muchas enfermedades: Seria de desearse que se fundaran á imitación de la costumbre de los antiguos, algunos baños públicos en que se bañasen *gratis* los pobres, cuyas proporciones son demasiado escasas para hacerlo con la frecuencia que necesitan, y que se deduce de lo dicho arriba sobre la limpieza. — RR.

ALGUNAS PINCELADAS PARA FORMAR MI RETRATO.

LEYENDO las confesiones de San Agostin, y la de Rousseau, varias veces me habia ocurrido la tentacion de escribir las mias; pero reflexionando con mas calma y atencion, me convencí de que cualquiera puede darse á conocer por sus escritos, aun sin hablar tanto de sí; solo restaba una dificultad: si en efecto el hombre se pinta en lo que escribe, queriendo ó no queriendo ¿cómo lo haria yo que jamas tomo la pluma para el público? ¿cómo lo haria en un momento, como deseaba sin escribir muchos pliegos y diversas materias? He aquí el medio mas breve y sencillo, que me sugirió la reflexion, formar mi retrato; no se me ocultó la objeccion que podría hacerse, diciendo: que una persona que se retrata á sí misma, no lo hará con fidelidad; pero esta observacion, que tiene visos de fuerza, es mas especiosa que sólida, considerando que nadie conoce al hombre mejor que él mismo, y que si se obra de buena fé y con imparcialidad, cualquiera puede ser juez en causa propia, y calificarse justa y aun severamente; mas no por esto se entienda que pretendo ser creído por mi sola palabra, (á pesar de que jamas he faltado á ella,) yo no anuncio artículos de fé, ni nos hallamos en los calamitosos tiempos del siglo XVI, y bajo el sombrío reinado de la forz intolerancia de Felipe II, que ponía en la horrible alternativa de creer, ó ser quemado: las personas que me tratan, mis amigos y todos los que me conocen, dirán si he hablado con verdad y con franqueza, si he descubierto mis flaquezas sin disfraz, y finalmente, si los rasgos generales que ha trazado mi pluma, son ó no, parecidos al original: entro en materia sin mas exordio.

Creo imposible que un hombre entregado al ocio, sin alguna ocupacion honesta, y sin una metodo regular de vida, pueda ser útil, virtuoso, ni buen ciudadano, así pues, yo respetaria siempre los talentos del elocuente filósofo Ginebrino, aun cuando no hubiese enseñado otra cosa en su Emilio, que la necesidad en que el hombre se halla de poseer algun oficio. Mi plan regular de operaciones es el siguiente: duermo ocho horas, ocupo seis en mis quehaceres, otras seis en leer, escribir y estudiar in-

differentemente, y las cuatro restantes me cansan y fastidian sobre toda ponderacion.

El principio de moralidad que dirige mis acciones no es exclusivo, por que he llegado á convencerme, de que todos los sistemas morales pensados por los filósofos son incompletos, y que únicamente de su mutuo enlace y necesaria conexión, resulta un sistema perfecto, que sin tropiezo ni obstáculo puede guiar al hombre hasta el fin inmutable, á que por su naturaleza se halla destinado: es cierto que los diversos caracteres, distintas organizaciones y diferentes circunstancias, los genios, las facultades y el influjo á que podemos estar espuestos, aun sin advertirlo, harán dominar el principio que abraçemos, bien sea en virtud de reflexiones, bien por una especie de instinto; (si puedo explicarme así,) mas este móvil de acciones por el que nos hemos decidido, sea cual fuere, es necesario que dé impulso, despierte y estimule á los otros móviles. La conformidad, pues, de mi genio, de mi carácter y de mi organizacion con las risueñas doctrinas del placer que enseñaba Aristipo en la Grecia, llenas de nuevos atractivos por las deliciosas lecciones del maestro de la poesia, Horacio, y después tan perfeccionadas por la brillante pluma del pensador francés Montaigne, que ha sabido imprimírles el sello de la poesia, Horacio, y después tan perfeccionadas por la brillante pluma del pensador francés Montaigne, que ha sabido imprimírles el sello de la dulzura y del encanto; he aquí el primer vehiculo de mis acciones; mas siempre va unido con los medios que busco para perfeccionarme, apoyado con el deseo de la felicidad, fortalecido con el respeto a las reglas de la obligacion, y perfeccionado con el auxilio de las verdades religiosas, que forman el mayor complemento de las morales, yo amo estos principios que son el fruto de mis estudios y de mi mas íntimo convencimiento, porque á ellos creo deber la tranquilidad y sosiego que he disfrutado en mi vida, y las halagüeñas esperanzas que me animan para lo futuro; mas yo no pretendo hacer la apologia de ellos, tampoco trato de buscar prosélitos, ni mucho menos quiero formar sistemas.

Mis principios religiosos distan mucho de la supersticion, y mas aun del ateísmo, pues repugna á mi razon, choca con mis sentimien-

tos y destruye mis más queridas esperanzas.

Respeto al hombre de bien, cualquiera que sea su creencia y su opinión, abomino la intolerancia, porque he sido enemigo de los estrechos, y por esta razón, continuamente repito aquella sabia máxima de un antiguo filósofo: *ne quid nimis*.

En materias políticas, jamás entro en prohabilitades ni apariencias, y mis juicios se deducen del estudio de la historia y del conocimiento del hombre.

Amo á mi patria, y me causa suma tristeza el pensar en su suerte, pues la historia me enseña: que ningun pueblo pasó, repentinamente de la esclavitud á la libertad, y que las naciones, lo mismo que los hombres, solo son grandes cuando lo pueden ser por sí mismas. Grecia era una república libre, y ¿lo fue acaso bajo la dominación romana? No nos engañemos voluntariamente, una nación solamente es libre cuando tiene fuerzas con que hacerse respetar, y con que poder resistir los ataques de un poderoso.

El principio de nuestras oscilaciones políticas, marca exactamente la época de mi nacimiento; y yo creo que para ser verdaderamente libres é independientes, ha de preceder una generación, porque los groseros errores y arraigadas preocupaciones que hemos heredado de nuestros antiguos amos, y de tres siglos de servidumbre, solo podrán disiparse por medio de la ilustración, cuyos pasos y progresos son lentísimos, y me quedarán esperanzas de ver organizada á mi patria permanentemente!..

Pocos servicios creo que se le habrán hecho al género humano de tanta importancia, como el que le prestó el ciudadano de Ginebra con su Contrato Social: yo hallo ideas divinas en este pequeño libro, á él me parece que se le deben las mejoras que cada día se hacen en la ciencia social, él ha hecho conocer al hombre su dignidad y sus más sagrados é inalienables derechos, y él, en fin, ha fijado el origen más justo y racional de las leyes y de las sociedades; puede ser una ficción, mas en tal caso, yo desearía que este contrato se celebrase solemnemente. ¿Y que hombre que se halle en su juicio no lo preferirá á la absurda suposición de Hobbes que degrada y envilece al hombre?

Alguna vez me alucinó la opinión de Bernardino de San Pierre, y de Juan Jacobo Rousseau, y creí al hombre virtuoso por naturaleza, y malvado por los estímulos de la sociedad. Milcíades espira en los calabozos de Atenas, Temístocles muere espatriado, Alejandro VI es un monstruo execrable de crimen y de horror, Carlos IX, es el azote y verdugo de la Francia,

Cromwell se hace protector de la Inglaterra, y á la sombra de las leyes ejerce la más horrible tiranía; mas ¿no es un delirio pensar en un estado de pura naturaleza, que jamás ha existido? El hombre nace en todas partes con pasiones, una mala educación las desenvuelve, las desarrolla el ejemplo, y crecen mucho más por desgraciadas circunstancias.

Mi temperamento, es sanguíneo, nervioso y mi espíritu fuerte: mis pasiones todas son vehementísimas, y la que me domina es el amor: este para mí, es una necesidad, pues sin amar y ser amado, la vida me sería una carga, un peso insostenible.

Mi corazón repele todo aquello que le atormenta; jamás aborrece, y he aquí la causa por que entre mis pasiones no se halla el odio.

No recuerdo haber visto una desgracia sin conmoverme, y muchas veces mis lágrimas se deslizan con la lectura ó narración de las penas y aflicciones de mis semejantes.

A todas horas me hallo dispuesto á servir ó favorecer; en lo que puedo, al que me necesita, pero me mortifica sobremanera el que me hagan algun servicio.

Mis entretenimientos, diversiones y recreos consisten en la dulce amistad, en la continua lectura, y en las decentes representaciones del teatro: abomino las corridas de toros y detesto las peleas de gallos, pues un corazón sensible jamás podrá familiarizarse con semejante inhumanidad y barbarie.

Yo maldigo á la hipocresía y disimulo: mi máquina toda se trastorna, cuando recuerdo la serenidad con que Neron dió la ponzoña á su hermano Británico, y presencié las convulsiones que sufría ántes de espirar, aquel monstruo toca y canta ardiendo Roma, porque ya se habia connaturalizado con el crimen, porque ya tenia cierta conformidad con su organización.

Temo mucho más á mis reflexiones que á mis sentimientos, y por esto siempre he preferido un cruel desengaño, á la incertidumbre.

Mi confianza no tiene limite ni restricción para la persona á quien me fio.

Yo no me engaño nunca con ilusiones, me entrecien un momento; pero no me llenan, solamente las cosas positivas me satisfacen.

„El mas encantador objeto de la naturaleza, „el mas capaz de mover un corazón sensible y „de conducirlo al bien, lo aseguro, es una mujer amable y virtuosa.“ Este pensamiento, sin igual, que es de Rousseau, fué tambien mio aun ántes de leerlo en aquel filósofo, y nunca me cansaré de repetirlo, por que las mugeres

Sieco Mexicano.



Modas.

de quienes recibimos las primeras impresiones que nos acompañan hasta el sepulcro, son las únicas capaces de dar á la patria buenos ciudadanos. Esparta, Grecia y Roma, nos ministran la prueba; mas si se descuida la educación de esta bella mitad del género humano, si únicamente el orgullo y el capricho la ha de gobernar y dirigir, ¿por qué nos admiramos al ver entre nosotros enlugar de Espartanos, Sibaritas?

Yo no estoy de acuerdo con los ascéticos rigoristas que llaman delito al amor; para mí es un destello de la divinidad, es un germen de todos los afectos mas dulces, y de cuantas deli-

cias puede gozar el hombre, es un entusiasmo que abraza todos los transportes de la imaginación, y todas las sensaciones sublimes, es en fin, un impulso de agradecimiento hácia el Criador.

Mis pecados de amor, que son los únicos que me podrán imputar, los manifiesto sin disfrazar, por que nada sé disimular ni fingir: yo amo, yo busco el placer; pero mi corazón no es corrompido, y desecha los deleites que ofrece el vicio.

Estoy lleno de debilidades y defectos; pero no de crímenes, ni delitos.

Abril 18 de 1844.

FELDT.

MODAS.

Aunque mayor placer tengo y estoy mas en mi elemento cuando escribo para las damas, mi cargo de redactor me obliga á prescindir algun tanto de mi gusto, y consagrar un artículo de vez en cuando á la mitad fea de la especie humana, y á la que para servir á vds. pertenezco. Así, pues, como no todo ha de ser *vida y dulzura*, y los querubines, vistos á buena luz no tienen sexo, aunque yo me haya querido acoger al femenino, bueno será haga algo en obsequio del otro, que si está de mi olvido un poco quejoso, no deja para ello de tener razon. Mas vale tarde que nunca, dice el refran, y para confirmar esta verdad, satisfago mi deuda y espero dejar contentos á mis suscritores elegantes, ó que aspiran á serlo.

Partiendo del principio inconcuso de que invierno y verano son dos cosas distintas, y que por consiguiente las exigencias del uno no deben ser como las del otro, y habiendo comenzado á explicarse el segundo, indispensable es proscribir cuanto revele Febo, y adoptar un traje ligero y fresco, que en ninguna parte conviene mas que bajo nuestro ardoroso cielo. Géneros delgados y colores claros son los caracteres distintivos de la estación, así es que los casimires llamados de *verano*, las *sedas*, los *piqués*, los *driles* y particularmente los géneros que llevan el nombre de *tonie* y *popeline*, últimas concepciones de la infatigable moda parisiense, son los preferidos por los jóvenes de buen tono.

Los *Sacs*, ó *surtout*, que son de tanto gusto para mañana, y para llevarse por la noche al teatro, se hacen ahora de *tonie* gris, de solapa ó derechos, siendo mas elegantes los primeros; cuello y vueltas de seda del color del sac ó negra. Exteriormente llevan de ordinario tres bolsas, sin guarnicion ninguna, y se acompañan perfectamente con pantalones de dril rayado y chaleco de *piqué*. La variación mas notable en el traje actual, consiste en la forma de los chalecos, que tiene su poco de analogía con la que empleaban en México los sastres del tiempo de Iturrigaray. He visto retratos de esa época en que se encuentran chalecos muy semejantes al que lleva la segunda figura de la estampa. Pero sea lo que fuere, esta es la moda, y como todas las de su sexo, manda dictatorialmente y quiere ser obedecida sin réplica.

Los chalecos, pues, simbolo de la inmensidad, y fiel imagen del progreso del siglo, invaden ya mas de lo debido el territorio del pantalón, á quien parece. tratan de dominar con yugo férreo. Se hacen de dos maneras, con vuelta y sin ella, ambos son muy elegantes; pero si algo vale mi opinion en el asunto, deben preferirse los derechos por mas sencillos, y sobre todo, por mas raros. Es costumbre dejar sin abrochar el último boton, signo de un estudiado *negligé*, y á veces para que ni la tentación le ocurra á un pobre diablo de contravenir á tal precepto, los sastres crudamente tie-

nen á bien suprimirlo con el laudable objeto de que *velis nolis* quede algun tanto abierto. Los derechos generalmente se hacen de *cachemir* caña y boton dorado, y tambien gustan mucho de *piqué* blanco con boton igualmente dorado. Para los de vuelta, aunque nada impide que se hagan de otra materia, se prefieren la *seda* y *popeline* , siendo estos lo mas *suave, útil* y *perfecto* de la elegancia. Las sedas de agas son grandemente apetecidas.

Casimires de verano y driles, es hoy lo de mas gusto para pantalones, y los primeros, rayados ó á cuadros, (frase técnica) agradan mas que los absolutamente lisos, cuando se llevan con levita ó frac de fantasia; pero no son buenos compañeros de un frac de etiqueta, sino los lisos de color claro, y sobre todo, los negros.

Las levitas se llevan hoy algo cortas de faldá y de inmensa solapa, quizá por el sistema de las compensaciones, y los colores mas en uso son el verde, el color de vino y el azul. Nuestros buenos amigos y colaboradores, *MM. Cusac y Gaillard*, (4) cuyo establecimiento puede llamarse el foco de la elegancia, y el santuario del buen tono, nos han enseñado una multitud de preciosos géneros que acaban de recibir de París, entre los que merecen una mencion especial el *touine* gris para paletós, primorosos cortes de chaleco de *popeline* , y sobre todo, un magnífico paño *azul imperial* para levita, que arrebató los corazones.

Si dudáis, suscritores queridos, de mi verdad, no hay mas que acercarse á la calle del Espíritu Santo, allí encontraréis ancho campo donde aliviar un poco el bolsillo, por si estuviere demasiado lleno, y llevaréis en cambio piezas esquisitas que os harán el modelo de algunos pelimetres, y os atraeréis quizá con ellas las miradas de algunas chichelas.

Continúa imperando en los fracs la moda de los anchos faldones, y las solapas son asimismo de primera magnitud. El negro, el pasa, el ala de mosca, son los colores dominantes, y algunas veces gruesos botones de metal de com-

[1] Calle del Espíritu Santo.

plicado dibujo, decoran ambos lados de las casacas. Así para esta pieza del vestido, como para pantalones, es acreedor *Sorcini* (2) á que se le cite con elogio. En linea de corbatas, la estacion exige que sean ligeras mascadés ó pañuelitos, generalmente de cuadros, excepto en las grandes ocasiones, para las que se reservan las corbatas negras de raso.

Los sombreros se llevan de ala ancha y copa alta, un poco mas ancha por arriba. El *pater patrum* en la materia es *Ancassy* . (3) Su buen gusto y el excelente material de que usa le recomiendan; pero he visto tambien algunos sombreros de *Falcony* , (4) especialmente blancos, que son sin duda el *chef d'oeuvre* del ramo.

Skallier (5) continúa gozando del buen nombre que su pericia en el arte le ha adquirido, y á pesar del calor go tiene como mas elegante el pelo largo y rizado en torno de la cabeza. Un abundante surtido de perfumeria, guantes y baslones, dá nuevo atractivo á su tienda, visitada ya por las primeras notabilidades de la moda.

Estas son, amigos míos, las noticias que tengo por ahora. Ven vds. si soy complaciente cuando, por ponerlos al cabo de las novedades masculinas, dejo de tener un rato de conversacion con mis nunca olvidadas suscriptoras. Hubiera podido muy bien omitir este artículo, disculpándome con que ya habia pagado por mí el bueno de *Asmodeo* ; pero como para entre nosotros, tuve aquella alusion borrial por una solemne malacrianza, no he querido dejar de decir á vds. algo de sustancia, y con la formalidad y buena educacion que todo el mundo sabe.

Así, pues, atentamente me despido hasta otra vez, besando á vds. la mano, suponiendo que la tengan limpia, y ofreciéndome á sus ordenes.

QUERUBIN.

- [2] Calle de la Palma.
[3] Portal de Mercederes.
[4] Portal de Agustinos.
[5] Calle 2.ª de Plateros.

LITERATURA ALEMANA.

Aunque la lengua alemana, sin disputa, la mas rica de cuantas se hablan hoy en Europa, no haya sido absolutamente cultivada entre nosotros, no por eso nos son desconocidas las producciones de algunos de los mas distinguidos ingenios alemanes. No puede negarse, sin embargo, que el conocimiento que de ellos se tiene es generalmente imperfecto y superficial, porque sobre ser fundado en traducciones francesas, no todas de grande mérito á la verdad, el número de estas es bien reducido puesto que se limita á ciertas obras entresacadas del inmenso catálogo de autores que ha producido y produce uno de los pueblos mas fecundos de Europa. Es igualmente cierto, por extraordinario que parezca, que los traductores de Francia, á pesar de su actividad y diligencia, no han conseguido todavía trasladar á su lengua todos aquellos escritos inmortales que el orbe literario mira, y con razon, como otros tantos timbres de gloria que han ganado las diferentes naciones de Alemania.

Y si no todo lo que merece los honores de una traduccion es traducido, no es solamente por la razon que ya he insinuado, sino porque la literatura alemana abunda, cual ninguna de las modernas en producciones de un género tan nacional y característico, que no siempre es dable trasladarlas á otro idioma sin desfigurar su misma esencia lastimosamente. Esto tal vez habrá sucedido con la pequeña traduccion que va en seguida, y á no ser porque el original tiene bellezas de tal gerarquía que, por mas estropeadas que hayan sido, algo han de conservar de su primitiva sublimidad, aquella consideracion nos habria retraído de tomar la pluma, sobre todo, no ignorando que un escritor aleman refiriéndose precisamente al célebre autor que hoy hemos elegido, á Juan Pablo Richter, nombre verdaderamente popular en toda la Alemania, y poco ó nada conocido entre nosotros, dice así:

„Solo algunos fragmentos de sus obras son conocidos de los estrangeros, pues la mayor parte de ellas es y será siempre intraducible (1).

(1) La primera edicion completa de ellas fué hecha en Berlin, 1825, y consta de 60 tomos en 8.º

Juan Pablo Federico Richter (continúa el mismo), conocido comunmente bajo el nombre de Juan Pablo, es uno de nuestros mas eminentes escritores: nobleza y elevacion de sentimientos, fecundidad prodigiosa, imaginacion inagotable en bellisimas imágenes, sublime estilo, todo lo bueno en fin, todo lo bello se encuentra en los escritos de este autor.

Contrayéndonos ya al *Sueño Terrífico* , (Der Schaudervoller-Traum), creemos que de preferencia á nuestra propia opinion sobre su mérito, conviene citar alguna otra respetable, y al efecto trasladamos la del profesor Klatowsky. „Este sueño, dice, tan atrevido como poético, es una de las mas bellas composiciones de la literatura alemana. Hállase en él como hacindanos todos los horrores que deberian presentarse á la mente de aquel que tuviese la infelicidad de llegar á ser *ateo* .”

Juan Pablo mismo hablando de su sueño, dice: „si algun día fuera yo tan desgraciado, que viese amortiguados en mi corazón todos aquellos sentimientos que atestiguan la existencia de Dios, me estremeziera yo mismo recordando mi sueño, me curaría con su lectura y recibiría mis sentimientos.”

Con lo dicho queda suficientemente aclarado el espíritu de esta produccion, y para concluir advertiremos, que si su mérito no corresponde á la expectacion de los lectores, la culpa no es del inimitable Richter, sino de nosotros sus intérpretes.—LUIS MARTINEZ DE CASTRO.

SUEÑO TERRIFICO.

Cuando oímos contar en la niñez, que á media noche, hora en que el sueño casi embarga nuestras almas, los muertos se incorporan y salen de la tumba, y que en el santuario se ponen á imitar las ceremonias religiosas de los vivos, acontece que cobramos horror á la muerte á causa de los muertos, y en la mútua soledad de la noche desviamos nuestras tímidas miradas de las anchas claraboyas del templo, temerosos de investigar si es ó no emanacion de la luna esa luz trémula que por ellas resbala.—Los placidos sueños de la infancia, y mas todavía sus

terrores, se reproducen no pocas veces en nosotros, y revisitándose de lucientes alas, revolotean en la mente del hombre cual luciérnagas, mientras dura la breve noche del alma.— ¡No apagueis ese rocío de menudas chispas de oro dejados por piedad aun aquellos ensueños penosos y sombríos, que cual meadas tintas realzan y se desprenden del triste cuadro de la realidad. ¿Y qué podría darsenos en lugar de estos ensueños, que del terrible estruendo de la catarata nos transportan á la apacible altura de la infancia, en que el río de la vida se desliza mansamente por la pradera, y endereza su curso silencioso hácia el abismo que ha de tragar sus aguas, las mismas en que poco antes se miraba el cielo?

Tendido en el campo y mirando al sol, estaba yo una calurosa tarde de estío, y me quedé dormido. Soñé que me hallaba en un cementerio y que el reloj de la torre, que daba las once de la noche, me había hecho despertar. En el desierto cielo buscaba yo al sol, creyendo que un eclipse era el que me lo ocultaba. Abiertos estaban todos los sepulcros, y una mano invisible abría y cerraba las herradas puertas del osario. Por los muros del templo, discurrían sombras que ningún cuerpo originaba, y otras sombras se lanzaban erguidas en medio del aire amarillento. En los áticos entreabiertos solo los niños reposaban y dormían; de lo alto del cielo colgaba un pardo corrimage, formado por la niebla, y que como una red iba estrechándose y haciendo el aire sufocante. Por encima de mi cabeza oía y retumbar á lo lejos las masas de hielo que el huracán arranca de los montes; debajo de mis pies se hacía sentir el primer sacudimiento de un espantoso terremoto. Dentro del templo resonaban dos alaridos penetrantes de tal fortaleza, que luchando entre sí vanamente por formar armonía, lo hacían yaclar en sus cimientos. De tiempo en tiempo asomaba por las claraboyas la luz de los relámpagos y luego caían gotas de fierro y plomo derretidos.—La red de la niebla y los sacudimientos de la tierra me impelieron hácia el santuario, á cuyas puertas estaban dos basiliscos que arrojaban fuego por las bocas.—Pasé por entre sombras desconocidas, en cuyo aspecto se miraba impresa la huella de los siglos. En torno del altar vacío estaban todas y palpitaba su pecho, no su corazón.—Solo un muerto, recientemente sepultado, permanecía tranquilo en su ataud; su pecho no latía, y en su rostro apacible estaba escrito un sueño feliz; pero tan luego como yo penetré en aquel lugar, volvió de su sueño y desapareció de sus labios la sonrisa;

despogó trabajosamente sus párpados; dentro de ellos no había ojos, y su corazón era una lagaa. Levantó en alto las manos y las encavijó en actitud suplicante; pero sus brazos se desprendieron del tronco y así dobladas cayeron sus manos en el pavimento. Allá en la bóveda del templo se veía el cuadrante de la Eternidad, en el cual no había números, pero un dedo negro apuntaba hácia él y los muertos querían leer allí el Tiempo transcurrido.

Y de lo alto del templo descendió sobre el altar una figura llena de magestad, en cuyo rostro estaba pintado un dolor eterno. Y todos los muertos exclamaron: ¡Jesucristo! ¿no hay Dios?

Y Cristo respondió: „no le hay.“
Todas las sombras de los muertos temblaron y á fuerza de estremecerse fuéronse desbaratando una por una. Y continuó Cristo diciendo: „Atravésé ese espacio poblado de mundos, me remonté hasta los luminares del vacío; siguiendo la vía lactea, recorrí el inmensurable yermo de los ciclos, y no hallé á Dios! Y descendí tanto, tan profundamente, que llegué á divisar la última sombra del último Ser que goza de existencia, y asomándome al abismo, gorrumpí: ¿En dónde estás, oh Padre? y tan solo llegó á mis oídos el bramido de un mundo que se desplomaba hácia el abismo. Levanté mis ojos buscando el ojo de la Divinidad, y vi tan solo una órbita vacía, hueca y renegrida; la Eternidad yacía estendida sobre el caos, y para alimentarse estábale royendo de continuo y volvía luego á arrojar lo que había devorado.—Alaridos penetrantes, no ceséis; y ayudad estas sombras porque *El* no existe.“

Las descoloridas sombras se diseminaron por los aires y desaparecieron cual niebla que habiendo tomado forma al congelarse, se derrite al aliento del sol. Todo, todo quedó vacío, y ¡oh dolor! entraron de tropel en el Santuario los niños que estaban en el cementerio sepultados, y arrojándose á los pies de la figura magestuosa que permanecía aun sobre el altar, dijéronla llorando: ¿es verdad, oh Jesús! que no tenemos padre? y respondió él arrojando torrentes de lágrimas.—„¡Padre! Todos somos huérfanos, ni yo ni vosotros lo tenemos.“

Dejáronse entonces oír con doble fuerza, los alaridos discordantes; los muros del templo destrabáronse, y se hundió, y los niños con él; la tierra y los soles todos hundiéronse también.

La fábrica del universo con toda su inmensidad se precipitó igualmente en el abismo. En la alta cima de la naturaleza estaba Jesucristo contemplando al universo, y los luminares que en él hay, como asomado á la boca de una mina condenada á perpetuas tinieblas, y en la cual aparecían las soles como lámparas opacas de minero, y la vía lactea con sus estrellas todas cual angosta vena de plata.

Y como Cristo viese el desconcierto de los mundos, y que cual fuegos fatuos cruzaban el espacio en direcciones estraviadas, y como viese también un sinnúmero de corazones hacinaos que palpitaban aun, y que un mundo en pos de otro arrojaba al mar de la muerte oleadas de relucientes espíritus, y que allí se desparramaban y morían como desaparecen y se apagan las chispas relumbrantes, que despiden un arbol de fuego, quemado en medio de las aguas, se levantó grande y magestuoso, y alzando el rostro á la vacía inmensidad, hácia la nada, exclamó: „¡Oh, nada, siempre nada! Delirante fatalidad! ¿Conocéis todo eso que está debajo de vosotros? ¿Cuándo aniquilareis por fin esa máquina y á mí también? ¡Ciega fatalidad! Sabes si quiera á dónde te encaminas cuando llevas en pos de ti al huracán, y atravesando la lluvia de oro, de las estrellas que cintilan, vas apagando un sol y otro sol? ¿Qué funebre soledad reina en el vasto panteón del universo!—Cada uno cree estar solo en él.—¡Padre! ¿Padre! ¿en dónde está tu pecho, para que repose yo? Si cada cual es su propio hacedor, su propio padre, ¿porqué no le es dado ser también su angel exterminador?

„Es por ventura un hombre el que está cerca de mí ¡ah! ¡desventurado! tu vida no es sino un suspiro de la naturaleza, su eco solamente, y así como esos átomos de polvo, esa nube de mundos formados de las cenizas de los muertos, son únicamente perceptibles, merced á los rayos de luz que el sol despiden, así también tu mísera existencia solo es percibida mientras no envuelven al mundo las tinieblas. Mira dentro del abismo. ¿No ves comodel Océano de la muerte ya alzándose una neblina preñada de mundos? es el *Porvenir*. La otra que en el confín opuesto va bajando, es lo *Presente*. ¿No aciertas á columbrar en ella á la tierra.“

Y diciendo esto, dirigió Jesucristo sus miradas á la mansion del hombre, sus divinos ojos se arrasaron en lágrimas, y desprendiéronse estas raciones de sus labios: „¡Ay! cuán feliz era yo aun cuando estuve en la tierra; no había perdido á mi Padre; subía yo hasta la cima de los montes y contemplaba desde allí lleno

de júbilo el espacioso firmamento; estrechaba contra mi pecho lacerado su benigna imagen, y aun al sufrir la muerte mas acerba, templábase en gran manera mi dolor, si lo decía: ¡Padre mío, mi Padre, arranca ya á tu hijo esta mortal vestidura que destila sangre, levántale á ti, lévrale á tu corazón!—¡Venturosos los moradores de la tierra! si, vosotros creéis todavía en *El*. En este momento se traspone acaso nuestro sol, y todos á una daís en tierra de rodillas, rodeados de flores, bañados los rostros con el fulgor de las auroras, y derramando lágrimas de gozo, levantáis en alto las benditas manos, y exclamáis: „También de mí te acuerdas, Dios infinito, ves las lagas de mi pobre corazón, y despues de la muerte me acogerás en tu seno, y blandamente me las cerrarás.“—¡Desdichados! despues de la muerte no serán cerradas... y cuando el mísero mortal sucumbiendo á las penalidades que le agobian, descansa tendido en tierra y sueña que el día de mañana se hallará en la región donde tienen su asiento la Virtud, la Alegría y la Verdad; despierta en medio del caos, coijado en las tinieblas de la noche eterna, y nunca llega la aurora tan deseada, ni la mano que cicatriza las heridas, ni el misericordioso padre de las criaturas!—Mortal que junto á mí estás, si vives todavía, arrodíllate, dirígeme una plegaria, porque síno, le has perdido para siempre.“

Y cuando prostronado tendí la vista por el espacio, miré á la serpiente de la Eternidad que se enroscaba al rededor del universo; los aires que se desprendían iban enlazándose en torno de los mundos; comenzó en seguida á comprimir y estrujar entre sí á las esferas, y desmoronándose el templo ilimitado de la naturaleza, quedó súbitamente convertido en cementerio, donde todo era confusión, hacinamiento y angostura. Un martillo de prodigiosas dimensiones iba ya á descargarse para dar la última hora del Tiempo, cuando yo desperté...

Saltáronse las lágrimas de gozo al considerar que todo fué un sueño, que todavía me era dado rogar á Dios y bendecirle. El llanto que había mis megillas, el júbilo de que mi espíritu estaba poseído, y la fé que confortaba mi alma, fueron por entonces mi única plegaria. Próximo á su ocaso estaba el sol cuando yo me levanté, y los rayos del crepúsculo reverberaban en la luna. Al rededor de mí se percibían mil sonas gratas al oído, mil apacibles armonías de la naturaleza, que producían en mí ser una impresión tan suave y melancólica como la vibración de la campana que, á lo lejos, suele oírse en medio de los campos cuando comienza á anochecer.

FATALISMO.

ERA á la sazón uno de los días del mes de abril del año del Señor 1570, cuando en las sierras que dividen las Castillas en la parte que mira al Medio-día, donde jamás el silencio había sido interrumpido mas que por el ruido que formara el derrumbamiento de alguna peña arrancada por el huracán, y de los buhos ó buitres carniceros que en sus grietas anidaran, y á siete leguas de la capital de España, se dejaba ver y oír con asombro contra tan inalterable costumbre, el movimiento mas vívido que ocasionaban miles de operarios, que en diferentes ramos esgrimían con afán los conocimientos de sus artes respectivas.—Por una parte multitud de parejas de cansados bueyes descendían por los tortuosos caminos de Guadarrama, conduciendo á su fuerte impulso enormes vigas que depositaban aquí ó allí, según para lo que fueran destinadas: por otra el membrudo brazo, ó la tronante explosión de la pólvora, arrancaban de las canteras ponderosas moles, que el vaso picapedrero al golpe de su cortante pico desbastaba dejándolas en figura forme y en estado de pasar á manos del que dirigiera un acerado cincel, que al toque de suave martillo formara con delicadeza un esbello fuste, un hojado capitel, ó un suntuoso arquitrabe: mas allá se levantaban gigantes andámios, que en extensión continua de un cuarto de legua desafiaban en elevación á los altísimos riscos que en su alrededor posaban. Multitud de tiendas de campaña, chozas de adobe y paja, y almacenes de madera, todo provisional, ocupaban un espacio de dos leguas, sirviendo de asilo contra la intemperie á mas de 20.000 operarios, y á los materiales que se hacían para la grande obra que con afino se tenía entre manos: en fin, siete años cabales se cumplían en aquel día que había sido asentada la primera piedra, de la que habla de ser la octava maravilla del universo: es decir, que se estaba á la tercera parte del gran monumento que se levantara en conmemoración del triunfo obtenido contra los franceses en la nunca bien ponderada batalla de S. Quintín.—En este sitio, y á distancia de la multitud veíase un hombre como de 40 años, que con semblante risueño y aire marcial, cantaba alegre al son de su dentado martillo refundiendo un sillar. A muy

pocos pasos, y hácia su costado izquierdo, veíase otro de rostro escuálido y mirar penetrante; cuya cabeza cubría un sombrero de copa piramidal trunca, envolviendo su enjuto cuerpo un angosto gaban, el cual inmóvil y en pie, como estatua muda, parecía el genio fatal, que de hito en hito observaba á tan distraído operario; mas este, sin curarse del que tan cerca tenía, seguía picando, y cantando así:

Es el fatal destino
Tan inmutable,
Que al que nace ya pobre
No hay quien lo ampare:
Y esto es tan cierto,
Como sacarse un ojo
Y quedar tuerto.

Aproximándose mas el gaban, dijo: „Fatalista sois en demasia!“ A esta voz alzó el distraído la cabeza, miró con indiferencia al que le hablaba, y apoyándose sobre el mango de la piqueta. „Es verdad, contestó, mas no lo niego; pero tambien lo es que no encontrareis otro tan resignado como yo con su mala estrella.“ „Si lo creo; pero esa vuestra cantilena, manifiesta bien la ninguna confianza que tenéis en Dios: todavia sois jóven, y pudierais disfrutar de los bienes que, con mas fé, os regalara el tal Señor.

—„Mas jóven soy de lo que aparento, decia sonriendo, y mas desengaños cuento de los que creéis.“

—¿Qué edad tenéis?

—A los veinte años salí de la casa paterna, sin mas caudal que este pobre oficio que veis; cinco mas serví en los ejércitos del rey, peleando por él dentro y fuera de mi patria, al cabo de los cuales se me dió la licencia absoluta á causa de una herida recibida en este muslo, única recompensa que obtuve. Embarqueme despues para las Indias en pos de fortuna, pero al tercer día fué apresado el buque por un corsario argelino, y quedé cautivo arrastrando por dos años la cadena de la esclavitud. En union de mis compañeros fragué una conspiración: estallo ésta, y pude escapar de la mazmorra sin un golpe de cimitarra que me cruza el cráneo. Arribé á Mahon, desde donde persistiendo en mi proyecto á fuer de buen español, embarqueme para las Indias por segunda vez: en

esta fui mas afortunado, pues llegué á la otra banda sin el menor contratiempo. Allí un honrado mercader me protegió: con esto y mi conducta pude juntar en seis años un corto capital suficiente á llenar mis deseos: con él regresaba á mi patria, pero al frente de Sto. Domingo sobrejino un fuerte temporal que nos estrelló en sus costas, tragando el píelago el fruto de mis afanes. Permanecí en la Isla algun tiempo, hasta que compadecido de mi suerte un capitán de buque, me retornó gratis hasta las costas de la Peninsula, viniendo de allí á pié hasta donde ahora me veis.

—No me parecen tan largas ni tan desastrosas esas desventuras, para que así desconfiéis.

—A vos os parecerá lo que mejor os cuadre, pero consumir catorce años de lo florido de la vida, para conseguir dos bebidas que proporcionen una vejez prematura y cerrar los ojos en un hospital, me parece suficiente á tener libertad para pensar de diferente modo que vos.

—Si, pero en esas mismas desventuras, se deja ver claramente la mano de Dios, que siempre os ha sacado adelante, y debéis creer firmemente que en este mundo todo se recompensa, y tal vez.... tal vez....

—Si, tal vez....! Tal vez para vos, si á uno le pegan un trancazo que lo echen al otro barrio; con tal que lo entieren con música queda recompensado....

—Muy al extremo llevais las cosas; tomad este sello, dijo sacando de una limoncera que pendiente de la cintura traía debajo del gaban, y le dió un pergamino, el os franqueará la entrada en Palacio donde yo vivo, y allí probareis, espero, lo que tanto os cuesta creer: con que hasta mañana.... espero no faltaré, y echó á andar.

—Mucho me holgaré de ello, contestó, y continuó la tarea.

Al día siguiente no faltó el incrédulo á la cita, pero quedó sorprendido al hallarse mano á mano con D. Felipe II. Este de antemano había mandado hacer á su repostero tres enormes pastelones, dos de ellos rellenos de pechugas de ave y sabrosas trufas, y el tercero restante rebudido de doblas de oro, los cuales se veían sobre una mesa en aquella estancia.

Por de pronto, dijo el rey al incrédulo, elige uno de esos pastelones, y luego hablarémos.—Obedeció, teniendo el cuidado tan mala dicha, que echó mano á uno de los rellenos con trufas, lo cual visto por el rey, le volvió á decir.

—Mañana á la misma hora te espero.

Obedeció el cantero, y al siguiente día volvióse á presentar.—Ya no nos restan, dijo el rey, mas de dos pastelones, conque así elige uno.—Volvíó á escoger, teniendo igual suerte que el día anterior.—Convencido el rey de no conseguir su objeto, se lo mandó dejar, y cogiendo con sus manos el relleno de oro poniéndole en las del cantero: „Toma, le dijo, se feliz, y en lo sucesivo nunca vuelvas á desconfiar de la suerte.—Al recibir el cantero el último pastel, bien pronto conoció por su enorme peso, el relleno que contenía, y despidiéndose alborozado por tan feliz aventura, salía por los corredores estasiado de placer; cuando al llegar á la gran escalera resbaló por ella hácia atrás con tal fuerza, acrecentada sin duda con la carga, que pegando con el cogote en el corte de un escalon, quedó desnuado en el acto. Al noticiar al rey tan fatal desastre, pensativo y reflexivo quedó en estremo, pero no llegó á mi noticia cuáles fuesen sus reflexiones, por lo que creo que á nadie las reveló.—MIMO.

„Qué otra cosa es la historia de todos los pueblos, sino el tejido de los mas horribles crímenes, el hacinamiento de las mas bárbaras persecuciones, y la compilación de las mas absurdas animosidades?

La política ha elevado á la clase de dogma, este absurdo principio: canonizar los medios mas viles y reprobados, cuando por ellos ha triunfado una causa; y condenar la mas justa y santa, siempre que ha sucumbido: el término pues, con que el hombre de estado mide la justicia ó injusticia de las empresas políticas, es su resultado.

Los hombres sensibles y de pasiones vehementes, siempre sacrificarán en su juventud, honores, intereses, conveniencias y respetos, á las miradas de una muger.

El estoicismo con que he visto soportar á muchas personas, la pérdida de los objetos mas caros al corazón; siempre me ha parecido la careta de la insensibilidad.

Si la tolerancia de todos los cultos, es un sueño, como algunos han creído, es semejante al del Abate de S. Pedro; es el sueño del hombre de bien, porque „contribuirá mucho, como dice el sábio D. Ramon Salas, al establecimiento, to de la unidad de un culto,“ y he aquí el primero y principal objeto que debe tener la filantropía.

La imaginación no puede figurarse un suplicio, una desgracia, un martirio, semejante al que sufrirá una muger enlazada con una persona que abortece.—M. P. DEL LLANO.

MEDITACION.

A MI AMIGO J. RODRIGUEZ VILLANUEVA.

PLACER sublime y religioso inspira al corazon magnifica tu frente, mi voz para cantar te es impotente, y ronco son arranco de la lira:

Lágrima ardiente mi megilla abrasa de vergüenza y dolor cuando te miro, y triste y melancólico suspiro cuando mis labios blanquecinos pasa:

Que si el hombre en su orgullo insano piensa cantar de Dios las hondas maravillas, iguales son para él las yerbecillas y la montaña colosal, inmensa.

Ignorancia y error su mente ofusca: espeso velo en derredor le envuelve, y en vano por romperlo se revuelve y envano luz en su delirio busca.

Y contrastando con tan vil escoria, tu nevada cabeza sube al cielo formándole las nubes blanco velo y el sol corona de fulgente gloria.

Aureola de luz tu frente ciñe al espirar el sol en occidente, y con su último rayo débilmente, de oro y violeta tu semblante tiñe.

Coloso aterrador, tú que levantas á los astros tu espléndida cabeza, tú que miras de lo alto con fieraza la tormenta que grüete allá á tus plantas....

Respondeme, ¿ó volcan! ¿has visto acaso el asiento de Dios? ¿su gloria viste, la gloria de que inmenso se reviste sentado sobre el sol en el ocaso?

¿Cuando vuela cercado de querubes recorriendo el estenso firmamento cual el rayo que rueda por el viento asta perderse entre lejanas nubes?

¿En medio de la noche tenebrosa levantando su frente de diamante, su frente brilladora y rutilante, mas que todos los astros luminosa....?

No le viste, ¿ó volcan! verasle un dia cuando toque á su fin el triste mundo, cuando doliente grito, un ay profundo lance al sentir su misera agonía.

Entónces le verás, verásle armado.... mas un velo de lágrimas echemos, la frente entre sus brazos ocultemos, piedad tendrá de su linage amado.

Sigue entre tanto incontrastable, mudo, velando por mi patria con tu hermano: la suerte que le toque es un arcano, mas tú serás su defensor y escudo.

De una virgen las formas encantadas sudario triste y blanquecino oculta: cuando el sol tras los montes se sepulta se miran sus megillas nacaradas,

Se pierde el sol, y palidez doliente de nuevo cubre su semblante hermoso, es de la tumba el lúgubre reposo, es el sueño que duerme eternamente.

Cuando sus formas célicas contemplo, su tranquilo ademan, su blanco velo; me parece alejarme de este suelo como se alza el incienso desde el templo.

Y en éxtasis profundo embebecido calma un instante de mi mente el fuego; á contemplarte y meditar me entrego y lo presente y lo pasado olvido.

Febrero 29 de 1844.

M. ESTEVA Y ULIBARRI.

BIBLIOGRAFIA.

Es otra vez hemos hablado de una sociedad particular de medicina, compuesta en su mayor parte de jóvenes de talento y aplicacion, y hemos presentado tambien una brillante composicion de uno de ellos. Entónces indicamos lo placentero que seria para nosotros que los apreciables socios de esta reunion llevaran á cabo el proyecto que concibieron de dar á luz periódicamente sus trabajos. Se han cumplido ya nuestros votos, y con una satisfaccion sincera vemos que el periódico anhelado va á aparecer.

Demasiado se ha escrito entre nosotros de literatura, con frecuencia engalanan nuestros periódicos los mas hermosos rasgos de imaginacion y sentimiento, pero muy poco científico podemos presentar todavia, en especial de medicina. La utilidad de publicacion semejante, creemos no será puesta en duda por nadie, y

que cuantos blasonen de amantes de su patria, apreciarán como es justo, los esfuerzos de la Sociedad Filoiátrica, por darle lustre.

Nosotros los primeros, damos el parabien á tan recomendables jóvenes, y les excitamos á no ceder en la noble empresa que los ocupa, deseando que su publicacion tenga la brillante acogida que merece.

Como en su prospecto, que han tenido la bondad de remitirnos, desenvuelven el plan que se proponen seguir y dan una cabal idea de 1 periódico, lo insertamos con mucho gusto, absteniéndonos de formar de él un extracto, como haríamos en otro caso, porque la manera con que está escrito es ya una prueba de la capacidad de las personas que han tomado á su cargo el desempeño de tan recomendable empresa.

PERIODICO DE LA SOCIEDAD FILOIATRICA.

PROSPECTO.

Un movimiento intelectual, rápido y progresivo, arrastra á nuestra nascente sociedad: esta verdad, consuelo y esperanza de todos los buenos hijos de nuestra patria desgraciada, nos ha inspirado una idea que creemos útil, nos alienta para llevarla al cabo y nos consolará si se malogra, la de publicar un periódico de medicina.

Los médicos son ya hoy por fortuna reconocidos por ciudadanos útiles, y su profesion por un arte difícil y oscuro, pero harto distante de la adivinacion. Esta feliz revolucion en las ideas de fecha no muy antigua y debida entre nosotros á los nobles esfuerzos de unos pocos hombres beneméritos, está por consumarse, y se consumará infaliblemente, si causas numerosas y decididamente contrarias, no la detienen en su marcha.

A esta revolucion hemos creído cooperar eficazmente.

Un movimiento intelectual, rápido y progresivo, arrastra á nuestra nascente sociedad: esta verdad, consuelo y esperanza de todos los buenos hijos de nuestra patria desgraciada, nos ha inspirado una idea que creemos útil, nos alienta para llevarla al cabo y nos consolará si se malogra, la de publicar un periódico de medicina.

Los médicos son ya hoy por fortuna reconocidos por ciudadanos útiles, y su profesion por un arte difícil y oscuro, pero harto distante de la adivinacion. Esta feliz revolucion en las ideas de fecha no muy antigua y debida entre nosotros á los nobles esfuerzos de unos pocos hombres beneméritos, está por consumarse, y se consumará infaliblemente, si causas numerosas y decididamente contrarias, no la detienen en su marcha.

A esta revolucion hemos creído cooperar eficazmente.

ses personales. Nos anima, sin embargo, y no tenemos embazo en confesarlo, cierta esperanza vaga de que se miren con indulgencia al menos, los penosos, desinteresados y estériles esfuerzos que un puñado de jóvenes sin valimiento ni recursos, consagra al adelantamiento de su profesión y al beneficio público.

Todos los puntos de utilidad práctica, serán asunto de nuestro papel: las especulaciones y los sistemas rara vez tendrán cabida en sus columnas. La imparcialidad al juzgar de las opiniones, y la buena fé al referir los hechos, serán, estamos ciertos de ello, sus rasgos característicos. Evitaremos esmeradamente provocar polémicas que no tengan un objeto científico ostensible; y en aquellas que nos ocupen, reinará siempre el tono comedido y el lenguaje decoroso y moderado que imperiosamente exigen las cuestiones literarias. Este periódico no es ni debe ser la obra exclusiva de la Sociedad filoiátrica; así es que aunque en sus archivos hay material suficiente para publicar el periódico cuando ménos por el espacio de un año, con toda puntualidad, invitamos sinceramente á todos los profesores de la república á que honren nuestras columnas con sus producciones, que nos serán muy apreciables, y esperamos que así lo harán, hoy que, por la desgraciada cesación del periódico de la Academia de medicina de México, el nuestro es el único de su género.

Insertaremos algunas memorias inéditas, sobre puntos prácticos de la ciencia. La clinica de los hospitales de esta capital y la nuestra propia, nos suministrarán gran parte de los materiales de que se componga el periódico, porque creemos que la ciencia está todavía harta escasa de hechos escrupulosamente observados y referidos con conciencia: ya se entiende que solo publicaremos aquellas observaciones clinicas que bajo cualquier aspecto sean notables.

La medicina legal tan descuidada, ó mejor dicho, tan desconocida entre nosotros, y la higiene pública, nos ocuparán muy especialmente.

Procuraremos dar el análisis, ó por lo ménos una idea exacta y cabal de las principales obras que se publiquen en Europa, y traduciremos ó extractaremos los artículos mas notables de los periódicos franceses é ingleses. En una palabra, nos esforzaremos por poner á nuestros lectores al corriente de las invenciones, descubrimientos, innovacion es y adelantos que se hagan en la ciencia. Esta

parte de nuestro periódico, la mas trabajosa quizá, será acaso inútil para aquellas personas que pueden por sí mismas adquirir esas noticias; pero no puede dejar de interesar vivamente á aquellas que ya por su escasa fortuna, sus pocas relaciones ó por algunos otros obstáculos, no estén en estado de proporcionárselas.

Entre el sin número de dichos epigramáticos que se cuentan del eminentísimo Sr. Espada, obispo que fué muchos años de la Habana, en donde los recuerdos filantrópicos que dejó esculpidos en aquella antilla á su fallecimiento harán eterna su memoria, oi referir á uno de sus contemporáneos, el siguiente.—A luego que este señor prohibió que en lo sucesivo hubiese frailes descalzos en su diócesis, se le presentó un carmelita de los que les comprendia dicha orden, en solicitud de, no sé que cosa; pero reparando en sus piés el obispo, y viendo que su mandato no habia sido cumplimentado por aquel religioso, le dijo con severidad: „¿S. R. ignora, acaso, la orden que tengo dada sobre el calzado?“ A que contestó el religioso.—No la ignoro.—Pues luego, dijo el obispo, ¿cómo tiene valor de ponerse en mi presencia hecho un Sático, con tamaña pezuña? sobrecojido el religioso con tal descarga, con mucha humildad volvió á decir: „Señor... mis votos... la penitencia á que estoy consagrado... y... Mas S. I. sin dejarlo concluir le replicó con presteza. „La responsabilidad de esos votos que tanto le escrupulizan, es mia; á S. R. no le toca sino obedecer; y en cuanto á la penitencia, dueño es de hacer la mas austera, yo no se lo impido. Desde ahora puede mandarse hacer S. R. zapatos con tres puntos ménos de los que calce su pié, y será cumplido su deseo y el mio.“ y le volvió la espalda. El religioso confundido se retiró yendo en seguida á una zapateria á obedecer la orden del superior; pero es fama, (segun dijo el zapatero), que no la cumplió en todas sus partes, pues lo primero que encargó el tal religioso á el maestro, fueron zapatos holgaditos y no con tres puntos ménos como le ordenó S. I.—MIMO.

Para gobernar á los hombres, es necesario estudiar primero las pasiones, conocer las que dominan á cada individuo, y saber tocarlas con habilidad: presentad los objetos á todos al travez de un lente de aumento, ó disminucion, y de esta manera los guiareis por su voluntad, y sin que lo sientan, hasta el punto deseado.

M. P. DE LLANO.